

PRESENTACIÓN

Arturo Andrés Roig

Este volumen de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía está dedicado al pensamiento social y político del siglo XIX y abarca un conjunto de estudios sobre cuestiones generales como son los de identidad, unidad, republicanismo, formación de la conciencia burguesa, políticas pedagógicas en la conformación de los Estados nacionales y, en fin, las relaciones entre política y lenguaje. Un segundo grupo de estudios se ocupa de las voces silenciadas, las de la mujer, las del antiguo campesinado, las de las etnias indígenas y la población negra así como de los movimientos obreros y el socialismo y el periodismo de lucha que surge con ellos; y un tercer grupo se orienta hacia formas de pensamiento social y político, desde la ilustración y el romanticismo, hasta la etapa del espiritualismo y el positivismo de la segunda mitad del XIX, el pensamiento filosófico-político de la independencia tardía y, en fin, de liberales y conservadores. Como era de esperar estos estudios retoman temas y autores, cada uno desde su enfoque, lo cual no sólo era inevitable, sino también necesario.

El intento en todos ellos ha sido el de alcanzar una imagen del siglo XIX iberoamericano en sus aspectos más sugerentes. Ahora bien, ¿cuando comenzó y concluyó ese siglo? Es lugar aceptado que a fines del XVIII ya estaban perfiladas muchas de las cuestiones que llenarían el XIX y, a su vez, que éste concluiría con el 1900, época que quedó duramente cerrada en 1914. Sin embargo, si nos atenemos a los grandes acontecimientos vividos en nuestras propias tierras iberoamericanas, los términos del siglo parecerían ser más bien estrechos que amplios. Joaquín Santana Castillo propone el año 1810 y el movimiento llamado juntista, como la apertura de un proceso que se cierra, según lo propone Roberto Fernández

Retamar, en 1898. Se trata, en verdad, de un apretado siglo de una extrema densidad social e histórica. Podría decirse que esta demarcación de hitos tiende a ver a la América decimonónica desde el punto de vista de los procesos de independencia y la constitución de los Estados-naciones, criterio sin duda importante que explica por qué se ha sentido la necesidad de presentar a los dos grandes doctrinarios de lo que Adriana Arpini y Liliana Giorgis caracterizan acertadamente como pensamiento de la independencia tardía: Eugenio María de Hostos y José Martí.

Las modalidades con las que se impulsó la conformación de los Estados nacionales generaron, según Joaquín Santana Castillo, uno de los cuestionamientos más agudos y permanentes, el de la identidad, hecho que a diferencia de la América sajona, despreocupada de esta problemática, cualifica todos nuestros procesos sociales y políticos. El mestizaje racial y cultural, así como una permanente ambigüedad dada entre una revolución política y otra, más profunda, de alcance social, serían factores entre otros que han determinado las encrucijadas de la identidad cultural. La problemática de la unidad continental de los pueblos iberoamericanos dentro de un proceso con el que acabamos por integrar a nuestro modo la cultura occidental, no ha sido ajena a la pregunta por nuestras formas identitarias. Cuestiones son todas estas que han de tenerse en cuenta a la hora de señalar las diferencias que hay entre un latinoamericanismo constituido en el siglo XIX y, el panamericanismo, el uno con sus raíces en Francisco Miranda y Simón Bolívar y el otro en la doctrina de Monroe.

Estela María Fernández Nadal nos habla de otro tema de innegable presencia dentro de la problemática social y política iberoamericana del siglo XIX, el de la utopía, el que se presenta tan relevante como el de la identidad, a más de estrechamente relacionado con él. Y en relación con lo utópico se ocupa del vasto programa de integración, el que en el pensamiento de los independentistas quedó expresado con la categoría de Patria Grande, la misma a la que Francisco Miranda, precursor de todo esto, propuso denominar Colombia. Así, pues, una voluntad política cuyas ideas reguladoras se establecen desde un ejercicio utópico, en vistas de alcanzar aquella unidad y una unidad cultural, de hecho, fundada en las lenguas ibéricas de comunicación, a más de la religión y las costumbres, signan un proceso que culmina con dos célebres textos: *Nuestra América* (1889) de José Martí y el *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó, verdaderos programas de integración con los que se clausura el siglo.

Carmen L. Bohórquez se ocupa de la instauración del ideal y

práctica republicanas en Iberoamérica. La raíz histórica de los mismos se encuentra entre otros factores, en la ilustración que mueve hacia un proceso de desidentificación política y cultural que incide sobre la unidad ideológica de la monarquía y abre las puertas a los ideales de una democracia republicana. Más tarde, cuando las luchas intestinas hagan ver a los sectores gobernantes el peligro de la anarquía, se producirá un regreso al primitivo monarquismo o a repúblicas con una alta concentración de poder. El aspecto político de esta prolongada crisis de identidad, en particular en su primera etapa, no tuvo el mismo ritmo que el cultural, hecho que provocó una contradicción constante tal como se ve en Francisco Miranda cuyo republicanismo constituyó una especie de arsenal político para los ideólogos de la emancipación. Se organiza de este modo un discurso identitario independentista y republicano que con sus marchas y contramarchas atraviesa el siglo XIX.

Beatriz Bragoni, en contra de una imagen negativa del papel jugado por las burguesías iberoamericanas, nos habla de la función decisiva que ejercieron en la creación de un nuevo orden social y económico, vinculado a la expansión del capitalismo industrial europeo. Desde la existencia de burgueses sin una sociedad y una economía propiamente burguesas en la etapa colonial, se señalan las diversas instancias que van conformando tanto una conciencia como una sociedad de nuevo espíritu. El hecho se produce aproximadamente entre 1820 y 1880, fechas que acotan una etapa en la que es posible ver marcas identitarias de la conciencia burguesa como consecuencia de la configuración de un espacio social y económico que favoreció formas de acumulación de capital originario. A fines de siglo, entre aquellos rasgos es de destacar el cambio en el concepto de ciudadanía construido ahora no ya desde valores políticos, sino económicos, particularmente al promediar el siglo XIX.

Cecilia Sánchez trata la cuestión de las políticas pedagógicas implementadas en el proceso de constitución de los Estados nacionales, aclarándonos que si es posible hablar de Estado-nación como figura política de la modernidad, es necesario tener en cuenta que no se configuró de igual modo en todas partes y que en nuestros días estamos viviendo una pérdida de las categorías con las que se construyó. Pues bien, ¿cuáles fueron las políticas de traducción del prototipo de Estado-nación por parte de nuestros intelectuales del siglo XIX y cuáles fueron los medios utilizados preferentemente para su implementación? Estos últimos se expresaron, principalmente, en una política educacional y en una política del lenguaje

y las letras. Esta segunda será desplazada a fines de siglo por una política del lenguaje y las ciencias, obra del positivismo. Se da de este modo a lo largo de todo el siglo una extrema fusión del espacio político y el espacio intelectual, a cuyo servicio se pusieron tanto la escuela primaria como la universidad. Aquella traducción se llevó a cabo tanto respecto de la educación como de los lenguajes teniendo como modelo, salvo excepciones, una comunicación de tipo vertical.

En el trabajo siguiente se encara, a través de una serie de cuadros, la problemática de política y lenguaje preferentemente en relación con la semiótica. En la lucha contra el barroco, los ilustrados iberoamericanos dan el paso desde la semiótica neohipocrática, hacia una sintomatología política, dentro de los términos de un rigorismo lingüístico y un literalismo. No ignoran, sin embargo, la importancia del conocimiento de las hablas vulgares en relación con las exigencias de comunicación social. Los románticos, divididos en liberales y conservadores, asumen esa problemática, unos invocando revolucionariamente la legitimidad de un lenguaje «mestizo», los otros aferrándose a un gramaticalismo y a un casticismo, unos y otros interesados, en su enfrentamiento, por la problemática de los signos. En defensa de las hablas populares y denunciando un gramaticalismo opresor, Sarmiento parece haber sido el primero entre nosotros en hablar de «filosofía del lenguaje» y Simón Rodríguez, el más osado de todos, anticipa criterios propiamente semióticos con motivo de la creación de nuevas formas de notación del texto escrito. En Andrés Bello, por el contrario, la semiótica aparece lastrada por una concepción teológico-creacionista del signo, a la vez que es evidente en él una actitud gramaticalista de las hablas, no ajeno a un casticismo. En Juan Montalvo una actitud semejante le lleva desde su «quijotismo liberal» a un desprecio del lenguaje vulgar.

Como anticipamos, viene luego un conjunto de estudios sobre sujetos sociales cuyas voces fueron silenciadas o se expresaron en un periodismo de combate de raíz popular. El primero, de Alejandra Ciriza, sobre la formación de la conciencia social de las mujeres en el siglo XIX, nos presenta un panorama de la situación de la mujer desde fines de la época colonial sudamericana, del despertar de aquella conciencia durante las guerras de independencia y de su situación en la etapa posterior a aquellas guerras, a la que denomina restauración y que cubre el resto del siglo. La cuestión de la identidad femenina dentro del proceso de instauración de la modernidad, la ejemplifica con dos figuras paradigmáticas que expresan de modo pleno la situación general de un sector de

mujeres a las que la convulsión revolucionaria les permitió descubrirse a sí mismas como sujetos sociales e históricos e imponerse como tales: la argentina Juana Azurduy y la ecuatoriana Manuela Sáenz. Así, pues, un largo proceso que va desde la mujer colonial, atada a la reproducción de la especie o condenada a la virginidad, a un momento de ruptura y de emergencia, para concluir luego en una nueva reclusión en el ámbito de la vida privada, sobre la base de un contrato de inclusión-exclusión que les niega la vida política y que tiene como base el duro suelo de la tradición, a la que regresa en esto el movimiento revolucionario triunfante.

Alicia Barabas nos habla como antropóloga del ideario construido por el campesinado indígena, de fuerte presencia en tantos países iberoamericanos. Se trata de un sincretismo de fuerte sentido religioso y otras construcciones simbólicas que han sobrevivido, aun cuando lógicamente transformadas. En Mesoamérica, en la América andina y en la selva tropical es posible señalar en aquel campesinado una visión cíclica del mundo en la que se habla de una recreación o salvación luego de una destrucción. Los héroes culturales que movilizan estas poblaciones ejercen una función profética sobre la base de formas sincréticas de milenarismo. En este conglomerado ideológico, sustento de las luchas sociales, religión y política se encuentran profundamente interconectados. Pues bien, sucede que si estas voces surgen como el substrato ideológico de las innumerables insurrecciones campesinas, no tuvieron en el siglo XIX la fuerte presencia que muestran en los siglos coloniales y en el siglo XX. La reaparición actual de esas ideologías es una prueba de que quedaron latentes durante aquel siglo en el que una fuerte represión social, como fue el caso peruano, impidió las manifestaciones de protesta lo que hizo inaudibles las voces.

Jorge Núñez trata de las etnias indígenas americanas y de la población negra. Señala asimismo el contenido milenarista del pensamiento de ambos sectores poblacionales el que, durante el siglo XIX, fue exclusivamente oral, a diferencia del de los criollos herederos del poder de la colonia española. De ahí que la historia de los pueblos indios y negros esté hecha de testimonios aislados y constituyen materiales insuficientes para reconstruir una memoria cabal. Durante la revolución de independencia miembros de aquel sector criollo, un Hidalgo, un Olmedo, un Bolívar, exigieron y pusieron en marcha formas de reivindicación de los indígenas, las que fueron luego ignoradas por las aristocracias de ese mismo sector. El liberalismo que al finalizar el siglo retomó en la América andina esas reivindicaciones, no superó sus propias contradicciones. Esto explica el resurgir contemporáneo de aquel mi-

lenarismo propio de los grupos marginales en los países iberoamericanos con base poblacional indígena.

Salvador Morales Pérez desarrolla su trabajo sobre los ideales obreros y socialistas prestando atención a la conformación de mentalidades. Concluye que aquellos ideales han experimentado en Iberoamérica y el Caribe, durante el siglo XIX, una evolución pautada por la recepción que el impacto factual de las revoluciones industriales y la experiencia intelectual europea operó en cada unidad regional. La modernización inicial chocó contra la estructura productivo-mercantil-artesanal, la que recibió aquellos aspectos del socialismo utópico e igualitario, que convenían a las condiciones de grupo atropellado en peligro de extinción. Aunque el socialismo cristiano en sus múltiples matices parece haber ocupado un lugar notable en esa primera y parcial difusión, pronto debió compartir con otras corrientes diferentes, más acordes con las necesidades de los grupos sociales subalternos. El surgimiento de núcleos fabriles y el nuevo tipo de explotación engendró una clase trabajadora sin las adherencias pequeño-burguesas del artesanado. Trabajadores con una fuerte presencia de inmigrantes europeos, sobre todo españoles e italianos, que ya eran portadores de representaciones anticapitalistas o francamente colectivistas, socialistas, anarquistas, ejercieron eficaces estímulos en confluencia con las tradiciones ya vernáculas. De esta mezcolanza entre lo propio, o apropiado, y lo recién importado se fueron generando los fundamentos objetivos básicos que le dieron color y vigor al despunte de las ideas de cambio revolucionarias del siglo XX.

La tercera parte del volumen incluye una serie de trabajos sobre corrientes filosóficas e historiográficas de fuerte presencia en Iberoamérica y que incidieron sobre la conformación de un pensamiento social: ilustración, romanticismo, espiritualismo ecléctico y krausista y, en fin, positivismo. A ellos se agregan uno sobre el pensamiento sociopolítico de la independencia tardía con el que, tal como lo anticipamos, se cierra el siglo y, en fin, un estudio sobre el liberalismo, ideología que traspasa a todas y las condiciona.

Alejandro Serrano Caldera nos dice que las ideas de la ilustración fueron asumidas en forma profunda y radical por los líderes de la revolución de independencia y su entorno, éstos constituían una minoría ilustrada que contrastaba con las condiciones educativas y culturales del resto de la nación. La ilustración se constituyó, así, en un mundo ideal racionalmente construido, superpuesto a un mundo que respondía a otras realidades históricas y culturales. El romanticismo surge cuando ya se ha producido la

independencia, aunque algunos de sus rasgos principales se avizoraban en las últimas etapas de la ilustración. A diferencia del romanticismo europeo, la ruptura con el pasado se constituyó en Iberoamérica en una condición necesaria para poder lograr los objetivos que se propuso la generación romántica. La segunda independencia únicamente sería posible librándose de las garras del pasado. El balance de ambas instancias ideológicas es, para el autor, negativo: mientras que la restauración española negó las culturas prehispánicas, la ilustración y el romanticismo que negaron a ambas, fueron, por no ser capaces de reconocer lo otro, dos formas de mutilación cultural.

Miguel Rojas Mix se ocupa de la idea de historia en uno de los jesuitas americanos expulsados en 1767, el abate Ignacio Molina, figura clave junto con otros compañeros de exilio, en la construcción de una imagen de Iberoamérica sobre la que se organizarán las historiografías nacionales del siglo XIX así como se darán los fundamentos antropológicos de un pensar social y político.

Adriana Arpini y Liliana Giorgis nos dicen en su estudio sobre el pensamiento filosófico-político de la independencia tardía que mientras en el continente los procesos sociopolíticos tomaron una dirección decisivamente nueva a partir del fin del poder español en 1824, en el Caribe, en cambio, el poder colonial se perpetuó hasta los últimos años del siglo XIX dando lugar a procesos diferentes a los acontecidos en la región continental. El proceso en las islas caribeñas hispánicas muestra un horizonte conflictivo común y si se tiene en cuenta la agónica situación del fin de un imperalismo y su reemplazo por otro, el triunfador de 1898, las antiguas Antillas hispánicas constituyen la puerta de entrada de los grandes problemas que toda Iberoamérica enfrentará en el siglo XX. Hostos y Martí son, por su proyección continental, las figuras representativas de este proceso, el que a la vez que tardío es anunciador de nuevos tiempos. De ahí la importancia y significación particulares que tienen respecto de las relaciones de Iberoamérica y el mundo.

Hugo Biagini nos dice en su estudio sobre el espiritualismo decimonónico y el positivismo, que salvo algunas excepciones, tanto el uno como el otro, con sus diversas variantes, cumplieron en su época una doble y ambigua funcionalidad. Por una parte, de oposición a los resabios feudales, terratenientes y clericales; por otra, de enfrentamiento con los sectores populares y democráticos en ascenso. Dichas manifestaciones ideológicas, si bien se midieron con los intentos restauradores o acompañaron

relevantes adelantos, no dejaron en cambio mucho margen para implementar un desenvolvimiento equilibrado en su conjunto. Por encima de iniciales demandas jacobinas, termina por imponerse una línea elitista que entroniza la propiedad privada y el librecambismo, mientras se exalta la igualdad jurídica en medio de despóticas limitaciones para las etnias locales, los trabajadores y la misma anhelada inmigración. Súmese a esto el racismo extremo de muchos de los doctrinarios positivistas, desde México hasta la Argentina, así como las autocracias, todo lo cual nos muestra un fuerte lastre deshumanizador. Es necesario, sin embargo, no olvidar las excepciones así como algunos efectos positivos del proceso de modernización. Por su parte, el krausismo, en su línea progresista, constituyó uno de los antecedentes del Estado benefactor del siglo XX.

Yamandú Acosta nos cuenta que liberalismo y conservadurismo fueron las ideologías articuladoras de los sujetos históricos que de modo fuerte marcaron el espacio político-social del siglo XIX. No se trataba, en el caso del liberalismo, de una ideología homogénea, sino que muestra una fuerte diversidad histórica, por lo que se debería hablar más bien de un conglomerado liberal. Muestra, además, dos etapas: la del liberalismo libertario que caracterizó a las guerras de independencia y las de un liberalismo del orden, contemporáneo del racionalismo espiritualista y del positivismo de la segunda mitad del XIX. Si bien fue siempre un repertorio doctrinal de sectores ilustrados minoritarios que fundaban en él su hegemonía, sus contenidos libertarios encarnaron en sectores populares. Frente al liberalismo, el pensamiento conservador fue la expresión del sector social dominante en la larga historia colonial que encontró en la independencia la ocasión de asegurar sus privilegios. La constitución, a fines de siglo, de estados liberal-oligárquicos, frente a movimientos liberal-democráticos de inmensas mayorías, señaló la alianza entre liberales y conservadores y puso en evidencia tanto los límites como las contradicciones de uno y otro.